

# ASPECTOS COMPARATIVOS DEL SOCIALISMO EN EL TERCER MUNDO: TEORIA Y REALIDAD DE LA MODERNIZACION

Por H. C. F. MANSILLA

El surgimiento de regímenes socialistas, dirigidos por partidos marxista-leninistas, en medio de las sociedades agrarias, tradicionales y preindustriales del actual Tercer Mundo, no estaba previsto por la teoría marxista original ni es explicable adecuadamente por medios de categorías y conceptos marxistas, ni aun mediante las diferenciaciones, ampliaciones y derivaciones más sutiles.

Estos regímenes socialistas no han cumplido, por otra parte, con la función emancipadora prevista y postulada por el marxismo original, sino que se han reducido, en líneas generales, a crear la estructura productiva necesaria para la instauración de una sociedad industrial de corte moderno. Este esfuerzo centrado en torno de la esfera económico-técnica se ha visto acompañado, casi sin excepción alguna, por el establecimiento de un orden interno claramente autoritario, antidemocrático, antipluralista y uniformante, que, por lo menos en la época actual, conforma la característica central y más notoria de los sistemas socialistas, tanto de aquellos sometidos a la influencia soviética como de los que (aún) gozan de cierta autonomía.

En líneas generales, se puede afirmar que variadas sociedades del Tercer Mundo denotan una clara dicotomía entre el crecimiento modernizador acelerado, de un lado, y la carencia de libertad y democracia, de otro. Karl de Schweinitz (1) ha formulado la importante hipótesis de que la tradición liberal-democrática sería inadecuada para los procesos de modernización en

---

(1) KARL DE SCHWEINITZ: *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, The Free Press, Glencoe-Londres, 1964, págs. 10 y sigs., 269-273 y 276 y sigs.

el siglo xx y que la combinación de industrialización con elementos democráticos en el siglo xix se debería a una conjunción única de circunstancias históricas que no se repetiría fácilmente. De ser esto correcto —y hay muchos fenómenos actuales que apuntan en esa dirección— las perspectivas para el Tercer Mundo no son demasiado promisorias: el desenvolvimiento histórico sería proclive a un *nuevo absolutismo*, como ya lo conoció la historia antes de la Revolución francesa, cuando precisamente se echaban las bases para la modernización europea. La etapa liberal-democrática constituiría entonces un mero episodio en la evolución universal, estando limitada tanto en el tiempo como en el espacio. Los efectos de la modernización acelerada bajo signos socialistas en el Tercer Mundo parecen confirmar la instauración de ese nuevo absolutismo. En estos procesos el marxismo ha sido privado de su racionalidad y de su universalidad, adquiriendo más bien tintes populistas, nacionalistas y emotivos para servir sobre todo como instrumento de movilización masiva. En líneas generales, las corrientes socialistas surgieron en el Tercer Mundo antes de que se produjese un despertar político consciente y de amplia base y han funcionado como vehículo para los anhelos de progreso material y de identidad nacional. Enfatizando la prioridad de la industrialización, estas tendencias han encarnado las aspiraciones colectivas y han dado una respuesta práctica a los sentimientos de inferioridad latentes en aquellas sociedades con respecto al mundo occidental. Por ello el socialismo tercermundista denota ciertos aspectos irracionales, lo que se ha manifestado en sus exageraciones nacionalistas, en su relación ambivalente con los centros metropolitanos y en el desprecio de los valores más notables de la tradición occidental.

La ambivalencia de ese nexo consiste en la adopción de la tecnología occidental y en el aprovechamiento de los conocimientos científicos logrados en los centros metropolitanos y, simultáneamente, en el intento de revitalizar tradiciones propias en el campo de la cultura política o de crear un estilo propio en este campo. En Africa, por ejemplo, la nueva identidad viene a ser una amalgama de cultura autóctona con logros técnicos europeos (2). En Persia, donde a partir de la revolución islámica de 1979 se ha ensayado de manera radical el regreso a las fuentes de una cultura autóctona, el rechazo de los valores occidentales no ha sido tan completo como se cree: el *ayatollah* Jomeini, en su conocida entrevista con Oriana Fallaci, ha designado al progreso material y a los avances tecnológicos como «las cosas buenas de

---

(2) Cfr. el estudio basado en testimonios africanos, CHARLES F. ANDRAIN: «Democracy and Socialism: Ideologies of African Leaders», en DAVID E. APTER (comp.): *Ideology and Discontent*, The Free Press, Nueva York-Londres, 1964, págs. 179 y 192.

Occidente», rechazando únicamente las «costumbres y las ideas» de Europa como algo despreciable (3). O sea: la vuelta a lo genuinamente propio y la consolidación de la identidad nacional iraní significan en realidad un modelo de desarrollo con elementos autóctonos en la esfera de la política y la cultura y la importación de objetivos y paradigmas foráneos en el terreno de la economía y la tecnología.

No se puede negar que estas exaltaciones de la identidad nacional exhiben un carácter muy híbrido: la gente que combate a los diablos occidentales utiliza sin el más mínimo escrúpulo el armamento más refinado de los incriminados arsenales metropolitanos, se sirve de las modernas técnicas de comunicación y transporte y anhela profundamente la construcción de altos hornos, mientras que al mismo tiempo le parece una terrible blasfemia leer un libro de filosofía racionalista, establecer un régimen parlamentario de gobierno o respetar los derechos individuales. El uso de las ametralladoras se ha convertido en la cosa más obvia del mundo, pero la práctica de la democracia representativa es vista como una traición al acervo nacional y como una burda imitación de instituciones exclusivamente imperialistas.

Precisamente el hecho de que sea *obvia* la relación *positiva* con la esfera tecnológico-económica adoptada de Occidente sugiere que los diversos regímenes modernizantes del Tercer Mundo, independientemente de su constitución política, no han podido generar un paradigma autónomo de desarrollo, aferrándose con más intensidad a lo propio en el terreno de la política y la cultura para salvar fragmentos de una identidad genuina y auténtica. Después de todo, uno se siente muy mal si se da cuenta que los aspectos relevantes de la vida cotidiana y del progreso tan anhelado han sido concebidos dentro del marco de un grupo de naciones por las que uno siente una viva antipatía, mezclada con una admiración no tan consciente a causa de los logros de la civilización industrial. Es, en todo caso, una mixtura explosiva de sentimientos, que se vuelca hoy día contra la cultura metropolitana en nombre de un pretendido progresismo político.

Tanto los teóricos marxistas como los gobernantes socialistas consideran *volens volens* al llamado Primer Mundo como el marco normativo de referencia para determinar qué cosa es atraso y adelanto. Los criterios básicos son la existencia de una industria pesada, el florecimiento de una tecnología avanzada, la consolidación de un Estado nacional fuerte, expansivo y respetado internacionalmente y la adquisición de un alto nivel de vida (4). La «emu-

(3) ORIANA FALLACI: «Una periodista acusa al ayatollah Jomeini», en *Ultima Hora*, La Paz, 2 de noviembre de 1979, pág. 13.

(4) Cfr. DIETER SENGHAAS: *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation* («Orden económico mundial y política de desarrollo. Llama-

lación de Occidente» es predicada por autores que han dedicado su vida a la crítica del capitalismo: Paul A. Baran escribió que las naciones periféricas debían, «a su modo», alcanzar lo que habían logrado Francia, Gran Bretaña y América con sus revoluciones (5); los representantes de la *teoría latinoamericana de la dependencia* han creado sus conceptos centrales como «subdesarrollo», «dependencia», «heterogeneidad», «estancamiento», «marginalidad», «periferia», «satélites» y muchos otros derivándolos de «desarrollo», «autonomía», «homogeneidad», «dinámica», «integración», «metrópolis», «centros» y otros que caracterizan a las naciones del Norte; y a la *positividad* normativa a escala mundial (6). Todos estos enfoques teóricos tienen como contenido sólo *determinaciones negativas*: sus categorías fundamentales y su especificación del subdesarrollo resultan ser criterios de déficit y recuento de carencias, que surgen mediante la confrontación con la situación actual de los países más avanzados del Norte, que adquieren así de manera obvia —y, por ende, inconmovible— la dignidad de paradigmas históricos.

Esta genuina dependencia del criticado modelo metropolitano se manifiesta en el tratamiento que los «dependencistas» dan a los grupos empresariales de los países periféricos: si éstos han logrado un éxito comparable a la burguesía capitalista europea, como en el caso del Japón, entonces se los admira casi irrestrictamente (7); si sus resultados son más modestos, entonces merecen sólo el calificativo de clases explotadoras y vendidas a los intereses extranjeros.

La consecución de un orden modernizado justifica los medios: en el primer caso las maldades del capitalismo pasan a segundo plano, mientras que en el último brota toda la censura posible, incluyendo la de índole moral. Es inútil buscar aquí los criterios humanistas de Marx y los referidos a los fenómenos de enajenación para juzgar la función de la propiedad privada.

---

miento a la disociación»), Suhrkamp, Francfort, págs. 14, 28, 38, 41, 67, 79, 89, 178 y 269 y sigs. Senghaas recapitula brillantemente las teorías latinoamericana y africana de la dependencia, tomando sus puntos de vista; aquí se evidencia en forma clara la «dependencia» de estas teorías con respecto al «sistema» que ellas atacan tan enfáticamente.

(5) PAUL A. BARAN: «On the Political Economy of Backwardness», en *Manchester School*, vol. 20, octubre 1952, págs. 82 y sigs.

(6) THEOTONIO DOS SANTOS: «La estructura de la dependencia», en SWEETZ/WOLFF/DOS SANTOS/MAGDOFF: *Economía política del imperialismo*, Periferia, Buenos Aires, 1971, págs. 60 y sigs.

(7) SENGHAAS: *Op. cit.*, págs. 91-99; BARAN: *Op. cit.*, págs. 71-74. Para una interpretación del desarrollo japonés más diferenciada y con mención a sus elementos autóctonos instrumentalistas, cfr. DAVID E. APTER: «Ideology and Discontent», en D. E. APTER (comp.): *Op. cit.*, pág. 24.

Ante esta fascinación por aquellos modelos de modernización acelerada no es de extrañar la popularidad de que gozan los métodos stalinistas —depurados de algunos excesos— en la conciencia colectiva del Tercer Mundo.

En un plano menos teórico y más profano se puede constatar igualmente cómo el progreso material occidental se ha transformado en el parámetro obvio para evaluar todo sistema socio-económico. En 1961 Kruschew prometió a la generación en vida el goce del comunismo más completo, constituido empero por la plenitud del bienestar material. El socialismo existente tiende a convertirse en una variante de la política social exitosa; la meta ya no es el «hombre nuevo», sino «el automóvil nuevo». Si se toma como objetivo el alcanzar cuantitativamente el ingreso *per capita* de las naciones más avanzadas de Occidente, entonces se establece cualitativamente como fin del experimento socialista el copiar cabalmente al incriminado capitalismo. Lo cual permite advertir irónicamente los fracasos del socialismo en la vida cotidiana.

En la China, por otra parte, la evolución posterior a la «revolución cultural» puede ser interpretada como un intento modernizante que deja a un lado conscientemente las veleidades de un experimento radical y autoctonista y se concentra en los métodos habituales para industrializar un extenso territorio. Todas las fracciones del Partido Comunista chino han querido convertir a su país en una potencia grande y fuerte a nivel mundial, residiendo las diferencias entre ellas en la cuestión relativa al camino hacia tal fin. Los sucesores de Mao Tse-Tung se decidieron tras una década de controversias por la imitación de los centros metropolitanos en lo que se refiere al progreso material: sacando a relucir una posible cita del Gran Timonel de 1956, los altos dirigentes tienen en vista el sobrepasar a Estados Unidos como objetivo central del programa modernizador (8). En realidad, lo que anhela la China continental es obtener las conquistas de Taiwan en las esferas de la industria, la agricultura, la educación y la occidentalización de la vida cotidiana bajo un régimen político diverso.

Hasta en Cuba las últimas metas perseguidas por la mentalidad colectiva son las anticipadas por la civilización occidental. Como lo señala Helga Strasser, el estudio universitario, las profesiones intelectuales, el *standard* de vida de Estados Unidos y el desarrollo como progreso meramente tecnológico conforman las aspiraciones y los ideales de la juventud cubana, precisa-

---

(8) KARL-HEINZ JANSSEN: «'Wie ein Ochse arbeiten'. Maos Nachfolger mobilisieren die Massen für einen neuen Sprung nach vorn» («'Trabajar como un buey'. Los sucesores de Mao movilizan a las masas para un nuevo salto adelante»), en *Die Zeit* del 20 de mayo de 1977.

mente de aquellos que provienen de un origen humilde. Mientras que el trabajo manual cae en descrédito paulatinamente, el consumismo de los centros metropolitanos es admirado y no censurado; la base de esta posición está formada por una fe incommovible en el progreso material (9).

Otros ejemplos de modernización socialista en el Tercer Mundo no han tenido tanto éxito, pero tampoco ninguna originalidad. En Corea del Norte, por ejemplo, el régimen se destaca por su nacionalismo lindante en el fanatismo, por el grotesco culto a la personalidad del Gran Jefe, por aspectos francamente totalitarios en la educación, en la vida familiar, en las relaciones sociales, en el tratamiento de los niños, en el terreno de la sexualidad y en la actividad política. Se advierte un incremento en el nivel de vida y, naturalmente, la creación de una notable industria pesada: se fabrican desde locomotoras hasta tractores. La fascinación del modelo norcoreano reside en la construcción de esa «industria industrializadora», que tanto gusta a los teóricos socialistas lejos del lugar de los hechos y tan poco a aquellos que la tienen que soportar cotidianamente.

El precio ha sido alto. El desarrollo estrictamente económico y privado de todo elemento democrático coadyuva a erigir un tipo extraordinariamente resistente de tiranía; la técnica se transforma en vehículo de opresión y consolidación del régimen totalitario. Entre las instituciones que más se aprovecha de la tecnología moderna para mantener un estado represivo y regresivo se hallan la policía y el departamento de agitación y propaganda. Corea del Norte es un buen ejemplo de una sociedad orwelliana: en la capital han sido instalados innumerables altavoces que «ofrecen» a cada barrio música, consignas del partido y alabanzas al Gran Jefe desde la mañana hasta la noche. La vida cotidiana se transforma así en un infierno inescapable y la conciencia colectiva no tiene otro destino que degenerar en infantilismo político (10).

Tampoco es posible discernir algo genuinamente propio en la revolución iniciada el 28 de abril de 1978 en Afganistán por un grupo de pequeños burgueses radicalizados y frustrados: su marcada inclinación hacia la Unión Soviética, su imitación de todo el simbolismo comunista, su dogmatismo, su brutalidad en el trato de los disidentes, así sean del mismo partido, su olímpico desprecio por procedimientos democráticos y la implementación de las medidas clásicas contenidas en los manuales económicos de economía política sugieren más bien un burdo remedo del modelo soviético con todos sus errores.

(9) HELGA STRASSER: «Sozialistischer Alltag in Kuba» («Vida cotidiana socialista en Cuba»), en *Lateinamerika-Berichte*, vol. 4, núm. 24 (1979), pág. 8.

(10) Cfr. HORST KURNITZKY: «Chollima Korea», en *Kursbuch*, núm. 30, diciembre de 1972, pág. 101.

Debemos convencernos, aunque sea penoso, de que nadie, y menos los pueblos, aprende de las experiencias de otros.

Es probable que justamente la extrema pobreza y el atraso del país hayan inducido a esos grupos insatisfechos de la clase media a adoptar lo que podría llamarse el núcleo simplificado de la modernización socialista en el siglo xx: la obsesión por un cierto tipo de desarrollo material acelerado (favorecimiento de la industria a costa de los bienes de consumo) y la inclinación a la represión política y al control severo de la población. En todo caso, lo que sí llamó la atención el Afganistán fue la cantidad de presos políticos, el poco respeto por tradiciones religiosas y tribales, la manía por la uniformidad, la liturgia de la dictadura del proletariado (en un país sin él), la prohibición explícita de toda otra agrupación política y la exaltación de una unanimidad ficticia (11).

Por lo que se ve, el socialismo en el Tercer Mundo no ha sido demasiado original: reproducción de modelos foráneos, introducción de una ética laboral puritana (12), adjudicación de los costos del desarrollo acelerado sobre las espaldas de los obreros y los campesinos por medios coercitivos una vez que ha pasado la fase heroica y redistributiva de los primeros tiempos y satisfacción de ciertas necesidades social-psicológicas en los estratos medios radicalizados (13). En cuanto a las pautas sociales de comportamiento, todos los experimentos socialistas han exigido la introducción de una ética semejante a la del calvinismo en los primeros tiempos de la modernización de Occidente: una moral muy rígida en la esfera del trabajo, costumbres privadas severas y una marcada degradación del placer. La distancia entre la realidad del atraso existente y las metas deseadas puede ser acortada sólo mediante esfuerzos globales, y la moralidad social adopta entonces la función de un importante instrumento para canalizar las energías individuales por las rutas señaladas desde arriba. Lo que ocurrió más o menos espontáneamente y bajo el velo de la religión al comienzo de la sociedad burguesa, sucede ahora de manera planificada por el Estado y a gran escala.

(11) Cfr. ANDREAS KOHLSCHÜTTER: «Die Russen in der afghanischen Falle» («Los rusos en la trampa afgana»), en *Die Zeit*, núm. 35, del 24 de agosto de 1979. Cfr. también la entrevista con HAFIZULLAH AMIN: «Wir sind ein Staat der Arbeiterklasse» («Somos un Estado de la clase obrera»), en *Die Zeit*, núm. 35, *ibidem*. (A pesar de los golpes y contragolpes en Afganistán la opinión de Amin sobre la democracia puede ser representativa para la nueva clase dominante.)

(12) Para el equivalente en Africa cfr. C. F. ANDRAIN: *Op. cit.*, pág. 172.

(13) Para esta problemática en el caso cubano cfr. JAMES M. MALLOY: «Generation of Political Support and Allocation of Costs», en CARMELO MESA-LAGO (comp.): *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, 1971, páginas 38 y 41.

La alusión al calvinismo nos lleva a una pista importante: tanto la ética estricta como la represión política son partes instrumentales de una estrategia destinada a reproducir la *acumulación primaria* del capital en el lapso de tiempo más breve posible, imitando bajo signos socialistas este proceso cardinal de la modernización occidental, que puede ser considerado como el fundamento mismo para todo intento de industrialización. También en los modelos socialistas ha habido la imperiosa necesidad de concentrar los capitales dispersos, de insertar por la fuerza las economías naturales dentro del circuito del intercambio, de explotar masivamente a los productores independientes (campesinos y artesanos) y de conformar un proletariado sin defensas frente al detentador del capital centralizado. La acumulación en manos del Estado socialista ha significado igualmente la generación de riquezas materiales proveniente de fuentes situadas fuera del conjunto de la economía nacionalizada: la expropiación de una parte del producto de los campesinos y artesanos, la explotación de los pequeños productores, la introducción de presiones fiscales de todo tipo, la inflación como modo de extracción de impuestos, el trabajo no remunerado, labores forzadas en campos de concentración y aprovechamiento de países socialistas más débiles (14). Aunque los regímenes socialistas difieren entre sí según la aplicación de ciertas medidas y el grado de las mismas, todos ellos varían en el fondo el modelo soviético de acumulación primaria de capital, adaptando ciertos rasgos comunes: expoliación de aquellas capas de la población empleadas en los sectores preindustriales, restricciones al consumo, colectivización o, por lo menos, control severo de la agricultura, legislación draconiana en torno a la regulación del trabajo en todos los campos, apropiación de todos los excedentes económicos de parte del Estado centralista, implantación de un sistema altamente burocratizado de controles a todos los niveles y una amplia gama de medidas de coerción política. En la Unión Soviética, uno de los grandes economistas del período heroico (perteneciente a la oposición antistalinista), Preobraženskij, definió la acumulación socialista como la transferencia de recursos del sector presocialista al socialista: la carga de la acumulación la debían llevar los campesinos y la agricultura, a los cuales Preobraženskij los denominó correctamente «nuestras colonias» (15), en alusión al papel que jugaron las posesiones de Ultramar en la acumulación de capital de los principales países de Occidente.

(14) Cfr. el instructivo ensayo de KOSTAS PAPAIOANNOU: «L'accumulation totalitaire», en *Le Contrat Social*, vol. 7 (1963), núm. 3.

(15) ROSSANA ROSSANDA: «Die sozialistischen Länder: ein Dilemma der westeuropäischen Linken» («Las naciones socialistas: un dilema de las izquierdas de Europa Occidental»), en *Kursbuch*, núm. 30 (diciembre de 1972), pág. 27.



Hay que señalar, por otra parte, que la concepción de la acumulación primaria socialista no es compartida por muchos marxistas independientes y que el mismo Preobaženskij se dio cuenta de las implicaciones de su teorema: la industrialización acelerada y a costa de los campesinos, que él proponía, traería consigo severos cortes en el consumo de las masas y la implantación de un amplio sistema de controles e intervenciones para implementar las expropiaciones a los productores no industriales. Esto significaría, empero, el fin de la democracia proletaria. La falta de una teoría diferenciada, desarrollada a partir de Marx y no de Lenin, y el esquematismo difundido entre todos los dirigentes rusos les impidió considerar otras alternativas que no fuesen el ultra-industrialismo de Stalin y la evolución «a paso de caracol» de Buxarin (16). No hay que asombrarse si Proebraženskij, uno de los ideólogos principales de la «acumulación primaria socialista», apoyase finalmente la política de industrialización forzada emprendida por Stalin a unos costos sociales que son bien conocidos.

El desarrollo basado en la «acumulación socialista» —término que contradice el núcleo mismo del marxismo primigenio— no es exclusivo de la Unión Soviética, aunque aquí se dio con el vigor y la brutalidad típicas de la primera vez; en todo caso, esta variedad de acumulación representa la *reproducción de la acumulación primaria capitalista* con todos sus rigores y privaciones, realizada en un lapso de tiempo muchísimo más breve y bajo la propiedad y planificación estatales. Es probable que este proceso reitere los antagonismos, la alienación y la inhumanidad liminar de la modernización capitalista, pero que estos fenómenos negativos pasen más o menos desapercibidos porque se considera equivocadamente que la sociedad socialista es mucho más perfecta que la capitalista y que sus defectos son meros problemas de crecimiento, con lo cual éstos tienden a perpetuarse. En un punto parece que los comunistas —con excepción de Stalin— se equivocaron totalmente: la acumulación y la industrialización no hicieron más simples las funciones de control y administración, no fomentaron una democracia más igualitaria y no coadyuvaron a abolir las jerarquías estatales. La rápida edificación de una industria en gran escala, la centralización administrativa concomitante y el crecimiento de la autoridad gerencial impulsado por razones técnicas destruyeron no sólo los sueños de los bolcheviques en torno a una sociedad más libre, sino que demostraron igualmente que todo proceso de

---

(16) Sobre la problemática en general cfr. ALEXANDER ERLICH: *The Soviet Industrialization Debate 1924-1928*, Harvard University Press, Cambridge, 1967; ROBERT VINCENT DANIELS: *The Conscience of the Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1965, pág. 374.

acumulación y modernización requiere de muchos sacrificios y controles y de poca democracia y libertad, independientemente del régimen político vigente. La burocracia soviética, por ejemplo, ha sido más «perfecta» que la occidental, liberada de las presiones de sindicatos y grupos autónomos de poder. En realidad, la modernización socialista ha conducido a que la Unión Soviética y otras naciones de su órbita adapten el conjunto de sus sociedades a la lógica disciplinante y centralizadora de la industria moderna en un grado mucho más elevado que en el mundo occidental (17).

Es significativo, entonces, que los resultados sean tan mediocres.

La consecuencia final de la modernización socialista es convertir a la sociedad entera en una gran fábrica, con su disciplina específica, sus jerarquías inmovibles y con su clase dominante de gerentes y técnicos. La Unión Soviética anticipó el destino del socialismo en el Tercer Mundo: no llegó a ser aquel sistema basado en una industria ya establecida, con una participación popular efectiva en los procesos decisivos y con una distribución igualitaria del producto económico, sino un régimen dirigido casi exclusivamente a llevar a cabo la acumulación y la modernización aceleradas y a superar el atraso, enfatizando las jerarquías económicas y la autoridad burocrática. Los que perdieron la partida fueron aquellos socialistas que creían en una utopía postindustrial, gente idealista formada mayormente en la tradición occidental de la Ilustración, y los que ganaron fueron aquellos que propugnaron un asalto dictatorial al subdesarrollo, imbuidos de las viejas tradiciones totalitarias de la Rusia zarista (18).

Para un espíritu escéptico, Cuba representa también un caso de modernización socialista periférica que, pese a los enormes esfuerzos de su población, no ha logrado generar resultados por encima de un grado bastante mediocre. Las diferentes estrategias implementadas en Cuba (desarrollo tendente a la industria pesada bajo Ernesto «Che» Guevara en los primeros años del régimen, luego fomento masivo de la caña de azúcar como pilar de la economía) han tenido como fin común la consecución de un nivel de producción y consumo comparable al de los centros metropolitanos. El camino hacia esta meta ha sido, empero, espinoso —para usar un eufemismo—. Después de una breve fase redistributiva al comienzo de la revolución, el proceso de acumulación y modernización ha seguido las pautas habituales de privaciones y sacrificios, limitados estos últimos por un exitoso programa de ayuda a los más necesitados de la población. En líneas generales, la acumulación primaria socialista en Cuba se ha basado en el principio stalinista de «crecer

---

(17) DANIELS: *Op. cit.*, págs. 406 y sigs.

(18) *Ibidem*, págs. 406-408.

primero y repartir después» (19), que trae consigo una serie de fenómenos propios de toda modernización incipiente y alejados de los ideales de Marx acerca del socialismo y la emancipación: sueldos y salarios determinados estrictamente por el rendimiento laboral (20), extensión del tiempo de trabajo «voluntariamente» o por medios coercitivos, intensificación de la jornada laboral, creación de una ética que exalte y cohoneste estos aspectos, introducción de innumerables medios de control tanto en el lugar de trabajo como en la esfera privada y difusión de una ideología de la resignación y del acatamiento. Dejado atrás el período heroico y los experimentos con la «nueva moral», el ubicuo principio de rendimiento realizó también su marcha victoriosa en la isla, como lo había hecho antes en todos los otros regímenes socialistas: toda empresa debe ser un ente rentable, todos los rubros de la economía deben funcionar eficientemente y la administración es compelida a exhibir una mayor eficacia en todas sus instancias (21). Aquel principio y este énfasis general en el aumento de la productividad no han podido evitar resultados muy modestos tanto en el sector productivo (22) como en el de servicios y consecuencias muy deplorables en el plano humano: reducción del hombre a un ser cuantificable y manipulable según los requerimientos de la planificación económica; ensalzamiento de aquellos trabajadores que sobrepasan las normas de productividad dictadas desde arriba, pero que simultáneamente están satisfechos con el sistema y son incapaces de articular alguna crítica contra éste, y afianzamiento de una atmósfera general de obediencia, resignación y apoliticidad. Esto es particularmente perceptible en la esfera de la educación, que ha adquirido un carácter eminentemente tecnocrático y que sirve también, desde el jardín de infantes, como instrumento de control sobre el desarrollo de cada individuo (23).

Esta misma política, que en el campo laboral ha llevado a la militarización del trabajo (24), ha conducido a una reglamentación muy estricta de

---

(19) HELGA STRASSER: *Op. cit.*, pág. 3.

(20) *Ibidem*, pág. 4; MARTA HARNECKER (comp.): *Cuba, ¿dictadura o democracia?*, Siglo XXI, México, 1975, págs. 45 y 108. Este principio fue acogido por el artículo 44 de la nueva Constitución cubana.

(21) STRASSER: *Ibidem*, págs. 3 y sigs.; REINHOLD KEILBACH: «Entwicklung und Perspektiven der kubanischen Wirtschaft» («Desarrollo y perspectivas de la economía cubana»), en *Lateinamerika-Berichte*, vol. 2, núm. 12 (julio-agosto 1977), págs. 45-56.

(22) HERMANN JOSEF MOHR: *Entwicklungsstrategien in Lateinamerika* («Estrategias de desarrollo en América Latina»), Kübel, Bensheim, 1975, pág. 126. Las cifras compiladas por Mohr sobre la producción alimenticia en Cuba no son demasiado positivas para el régimen castrista.

(23) STRASSER: *Op. cit.*, pág. 7.

(24) H. J. MOHR: *Op. cit.*, pág. 128.

todas las actividades sociales. En ambos casos la argumentación favorable a la revolución cubana ha subrayado la eficacia de factores tales como la centralización, la unidad de voluntades, la introducción de estructuras jerárquicas claras y sencillas, la eliminación de «críticas no constructivas» al sistema y la concentración de inclinaciones políticas dispersas y divergentes, factores que pueden traducirse en un incremento de la productividad media. Pero, como señala Mohr (25), la militarización y el autoritarismo no evitan, sino más bien favorecen el recelo ante la iniciativa y la responsabilidad individuales, el conformismo, el poco interés genuino por la actividad cotidiana, la dilapidación de fondos públicos, la predilección por proyectos gigantes, la pesadez del aparato burocrático, la ejecución pasiva e ineficiente de las órdenes, la infalibilidad de las decisiones tomadas «arriba» y la incapacidad de crítica.

El comportamiento cotidiano de los trabajadores, el ausentismo, la baja productividad, la indisciplina y su reverso oficialista (las leyes contra la vagancia, por ejemplo), son testimonios de que una buena parte de los cubanos no se identifican con el Estado socialista, ni con la fraseología propagandística, ni con las consignas de una autocracia antidemocrática.

El modelo modernizador cubano tiene una indiscutible semejanza con el colectivismo burocrático (26), y poco que ver con los ideales de Marx —como toda modernización en las periferias—. Ello no se debe únicamente a fenómenos contingentes, como la dictadura personalista del «máximo líder», sino también a causas más profundas e intrínsecas: la planificación centralizada y detallista excluye *per se* toda posibilidad efectiva de cogestión y autoadministración; el pleno empleo es parcialmente una mera apariencia, pues encubre todos los innumerables casos de puestos totalmente inútiles y superfluos creados para acabar artificialmente con el desempleo; el aparato burocrático, muy inflado, suministra un aporte reducidísimo a la generación de un genuino excedente económico; la prevalencia absoluta del marxismo-leninismo crea un ambiente dogmático e intolerante, donde los disidentes políticos van fácilmente a parar a la cárcel; y el sistema autocrático engendra indefectiblemente una casta dominante militar y burocrática, que puede mostrarse paternalista hacia la población, pero que sabe muy bien defender y ampliar sus privilegios e intereses (27).

Investigadores liminarmente favorables a la revolución cubana reconocen que ésta ha sido un intento socialista-estatal de modernización, basada en la

(25) *Ibidem.*

(26) Cfr. NELSON P. VALDÉS: «Cuba: socialismo democrático o burocratismo colectivista?», en *Aportes*, núm. 23 (enero de 1972), págs. 25-52.

(27) Cfr. la instructiva crítica de H. J. MOHR: *Op. cit.*, págs. 134 y sigs.

movilización instrumentalista de las masas, dirigida por una elite no controlada democráticamente y con una adjudicación de costos sociales similar a la del modelo soviético (28). Se ha tratado, como en todo intento periférico de modernización, de comprimir en unos «cuantos años» un proceso que en Occidente «necesitó más de un siglo para realizarse». Bajo tales circunstancias, el marxismo se transforma de una herramienta crítica de análisis en una «ideología central y unificadora», en una «suerte de religión secular» (29). Estos autores reconocen explícitamente que la ideología cubana, con su amalgama de socialismo y nacionalismo, sirve para racionalizar los sacrificios actuales en función de una meta futura. O sea, primero estaba la elite rectora, que se proporciona a sí misma el soporte masivo.

El primer pensamiento de Fidel Castro era probablemente la frustración originada por un orden social tradicional, sin una industria que mereciese plenamente ese nombre; la decisión por el socialismo en su caso puede ser interpretada como la búsqueda de un modelo de rápida modernización y no como la preocupación por motivos humanitarios propios del marxismo primigenio. Sus paradigmas de desarrollo han estado centrados igualmente en torno a la existencia de una industria pesada comparable a la metropolitana (30). Ahora bien, la determinación explícita de la jefatura cubana de implementar la acumulación primaria conlleva los riesgos reconocidos por ella misma de tener que poner en práctica métodos coercitivos, exigencias compulsivas de trabajo y cercenamiento de las libertades individuales, con lo que la historia de la acumulación cubana y periférica en general reproduce los sacrificios y las víctimas de la larga historia presocialista. Por consiguiente, no se ve dónde residen las pretendidas ventajas de la modernización en los países que han elegido la orientación marxista.

La popularidad creciente de los modelos socialistas en el Tercer Mundo se debe más a la desilusión de las masas con respecto al régimen interno del país respectivo que a la realidad del socialismo en la praxis. En torno a éste, las conclusiones son claras. En primer lugar, los frutos nada promisorios tanto del desenvolvimiento más adelantado de la industria como del consumismo metropolitano nos sugieren la imagen de que este tipo de civilización no es tan lleno de bondades como lo aseveran sus apologetas y lo creen los que no han llegado aún a él; los intelectuales y dirigentes del Tercer Mundo

---

(28) JAMES M. MALLOY: *Op. cit.*, págs. 24 y sigs., 28, 32 y 38.

(29) NITA R. MANITZAS: «Clase social y nación: nuevas orientaciones», en BARKIN/MANITZAS (comps.): *Cuba: camino abierto*, Siglo XXI, México, 1974, pág. 93.

(30) DAVID BARKIN: «La estrategia de desarrollo», en BARKIN/MANITZAS (comps.): *Op. cit.*, pág. 98 (con un análisis del importante discurso de Fidel Castro del 16 de octubre de 1953).

deberían conocer mejor sus lados negativos antes de considerarlo como la única alternativa histórica. Se puede comprender la urgencia que hay en las periferias mundiales por el «desarrollo», pero ésto no significa apoyar acriticamente estos anhelos. Se puede pensar en una evolución histórica conscientemente acelerada que esté dedicada a la satisfacción de necesidades vitales como alimentación, vivienda, vestido, educación y libertades individuales, basada en la agricultura, en algunos servicios indispensables y en ciertos tipos de manufactura sencilla, sin tener por ello que imitar la industrialización metropolitana. En segundo lugar, hoy día se puede afirmar que los experimentos socialistas en el Tercer Mundo no han sido tan positivos como lo han creído sus iniciadores y sus admiradores en Occidente: estos intentos conservan los inconvenientes de las culturas tradicionales y adquieren pocas de las ventajas del mundo moderno. En tercer lugar, parece que el socialismo no es el único modelo exitoso de modernización en las periferias; existen otros ensayos que no han recibido la atención suficiente de los científicos sociales y que no han dispuesto de grandes aparatos de propaganda para cantarse loas —lo que es indispensable actualmente para no hundirse en la oscuridad—, pero que pueden exhibir logros más brillantes que los países socialistas y a un costo general mucho más bajo: Argentina de 1862 a 1943; Taiwan, Hong-Kong, Malasia y Singapur a partir de 1950; Costa Rica desde 1949; Tonga, Fidji y otros Estados de Oceanía a partir de la Segunda Guerra Mundial, y algunos productores de petróleo en los últimos años. Son regímenes muy diferentes entre sí, y su estilo del desarrollo no puede ser asimilado a un modelo único; por otra parte, su éxito no se debe exclusivamente a la existencia de alguna materia prima escasa en el mercado mundial. Es una lástima que los intelectuales, imbuidos de los prejuicios más prosaicos, sólo tengan ojos para comparar la India con la China o Haití con Cuba.